

Prefacio

La idea de realizar esta antología cruzó mi mente allá por el verano de 2012, tras haber creado un pequeño blog al que subía los primeros relatos que iba elaborando. No obstante, el robo digital de la historia más importante para mí, y los quebraderos de cabeza que me supuso poder restablecer mi autoría sobre ella, hicieron que cerrara ese condenado blog y que abandonara durante un tiempo este proyecto.

Pocos meses después, una vez comenzados mis estudios de Historia en la Universidad de Málaga, me apunté a un pequeño Club de Literatura que dirigían mis compañeros, y desde entonces buenos amigos, Daniel Romero Benguigui, quien me hizo un grandísimo elogio al presentar uno de mis relatos —«Samuel, eres nuestro pequeño Lovecraft.»— y David Romero Benguigui, a quien todas las alabanzas que pudiera hacer serían insuficientes.

Con la progresiva presentación de mis relatos en este Taller decidí retomar la idea de la antología, bautizándola como «Mil días de soledad», que pensé elaborar como un proyecto paralelo a los cuatro años que dura la carrera de Historia, y que debía recoger mil micro relatos de todo tipo de géneros.

Empero, los nuevos vientos de la vida hicieron que me planteara objetivos «más humanos», reduciendo de mil a cien los relatos

deseados y cambiando el título anterior por el de «Cien manzanas de oro del árbol de la vida».

Al final..., la vida misma decidió el número total de relatos, su temática y el título definitivo.

Sobre el contenido de la obra quisiera hacer unas breves anotaciones.

La primera, respecto a la mayor o menor categoría literaria de los relatos y a su ordenación aleatoria en este libro. Todos ellos presentan una mejor o peor calidad, pues abarcan desde los dos primeros que escribí — «La tragedia de un héroe» y «Doncella sin nombre» —, los elaborados para el taller de literatura en Málaga — «El hijo de Las Afortunadas» y «Nunca más» —, los que desarrollé cuando empecaron mis sesiones de quimioterapia — «Las leyendas nunca mueren» y «Funesto despertar» —, otros que reinicié después de mi viaje a Italia — «Anónimo es su nombre» y «Elegía a los Trescientos» —, además de los dedicados a mi familia y amigos como «Ha nacido una estrella» y «Rayo de Esperanza». No obstante, y en honor a la verdad, de todos los relatos que configuran esta pequeña obra, del que estoy más orgulloso es de «El viaje de Los Grandes».

La segunda acerca de su primitivo y extenso título: «Cien manzanas de oro del árbol de la vida», directamente anclado a mi querencia natural por lo mitológico. La primera parte del mismo tiene que ver con el mito de Heracles, en concreto con su undécimo trabajo: robar las manzanas de oro del árbol del Jardín de las Hespérides; la segunda parte hace referencia a Yggdrasil, epíteto que recibe el árbol que mantiene unido todos los mundos en la mitología nórdica.

En tercer lugar me gustaría aclarar la temática, que saltará a la vista leyendo unos pocos relatos. Mis grandes pasiones literarias son la fantasía, la épica y la tragedia. Es por este motivo que prácticamente todos los escritos que aquí he recogido gozan de las características de esos géneros.

Finalmente, una idea que me llamó la atención y decidí llevar a cabo fue incluir el último de los relatos en forma de sinopsis para esta obra.

Nota:

El autor de estos relatos falleció en el verano de 2016, a causa de un agresivo sarcoma contra el que luchó largamente con más valentía, serenidad y fortaleza que el más grande de sus héroes.

La muerte se lo llevó cuando se encontraba en plena juventud y en el momento más álgido de su creatividad literaria, dejando inacabada gran parte de su obra: poesías, relatos cortos, y su gran trilogía épica titulada «La Llamada de la Cruz Santa», de la que había publicado en vida su primera parte «El Cantar de Carathorn».

A la espera de una respuesta

Llevaba milenios sentada en la pétrea cabeza de la gárgola, contemplando desde lo más alto de aquella otrora espléndida urbe, que hacía ya mucho tiempo no era otra cosa que un desierto estéril de arena y estructuras ruinosas, un horizonte sin astros que no cambiaba jamás.

Las brillantes ropas de seda con las que un día se engalanó no eran más que una sombra de lo que fueron, deshechas aquí y allá, dejando casi desnuda a la linda muchacha de cabellos de fuego y mirada ausente.

De dos espantosas heridas en sus omóplatos manaban continuamente hilos de sangre que recorrían su espalda y teñían de rojo todo aquello que tocaban. Ardían aún, abiertas en un dolor perenne que ni el lento paso de los siglos había podido curar.

Todavía podía verle en el reflejo del lago que su propia sangre había formado a modo de espejo. Alto y musculado, sin vello en el cuerpo, rostro bien afeitado, cabellera de bucles de oro y ojos de color zafiro, más parecido a un dios que a un mortal. Su voz de suave terciopelo y su triste pasado la atraparon, sin que pudiera remediarlo, en el hechizo del amor.

Le ayudó a recuperar la confianza en sí mismo, a ser fuerte, a hacer frente a todas las pruebas a las que la vida le sometía. Estaba